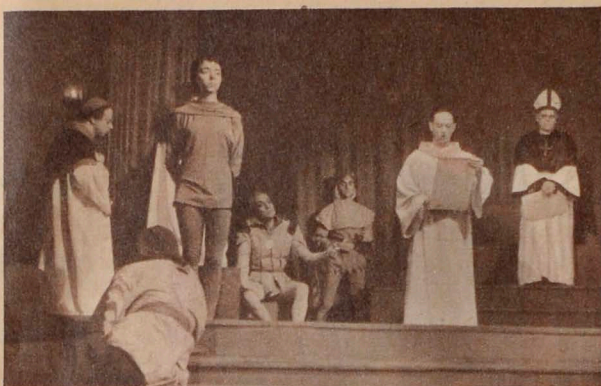


7 Oct 1960



CRITICA TEATRAL

Una de las escenas finales de "La Alondra". En primer plano Magdalena Aguirre, en su papel de Juana de Arco. Están presentes, además, Jaime Celedón, Eduardo Naveda, Jorge Díaz e Hipólito Villegas.

"LA ALONDRA"

GRATO es el espectáculo que presenta el Grupo ICTUS en el Teatro Antonio Varas. Al poner dignamente en escena "La Alondra", de Anouilh, el joven conjunto viene a dar variedad a la temporada teatral santiaguina, ratificando además las características de seriedad artística que ya se habían insinuado en anteriores actuaciones.

El tema de Juana de Arco ha inspirado a una amplia gama de dramaturgos. Anouilh no pudo resistirse a la tentación, y lo ha tratado con su inteligencia habitual, su agudeza de espíritu, su oficio dramático. Ver "La Alondra" es un regalo espiritual. A cada instante estallan los parlamentos densos en contenido y de liviana forma. El espectador es incitado por el juego de ideas, para sumirse, luego, en una escena de farsesca gracia. Tal vez, el único pecado de Anouilh esté en sus excesos. No hay tiempo para saborear la riqueza conceptual de su pieza. Tras una idea surge otra, en un torbellino de abundancia. Al terminar la primera parte de la obra, tenemos que convenir que ha faltado síntesis y que una hora y media de espectáculo continuado es excesivo. Pero, en compensación, hemos sentido el placer de presenciar una pieza teatral imaginativa, poética, ahita de ideas. Algo que echábamos de menos en un repertorio —como el que estamos acostumbrados a ver en los últimos tiempos— de personajes chatos, problemas psicológicos insignificantes o de trivial superficialidad.

"La Alondra", de Anouilh, tiene el sello inconfundible del espíritu francés: claro en el análisis, penetrante en la visión del ser humano, agudo en su humor.

La presentación de la obra por ICTUS superó las expectativas que podían cifrarse en un conjunto de carácter aficionado. No es ajeno a este logro la dirección de Etienne Frois, que supo combinar con precisión las múltiples facetas de la pieza, como también, animar con perfiles definidos a sus diferentes personajes. Si la dirección merece una observación seria, es la de haber permitido el amaneramiento decadente y excesivo que exhibió Eduardo Naveda en su papel. En cambio, hay aciertos que sólo pueden atribuirse a su mano directiva: el trabajo de la inexperta Magdalena Aguirre, y la muy bien medida escena farsesca entre Beaudricourt y Juana.

Los intérpretes de heterogénea experiencia artística realizaron un trabajo sobrio y discreto, lo que es especialmente plausible en un conjunto de las características del ICTUS. El extraordinario temperamento artístico de Magdalena Aguirre suplió sus deficiencias técnicas. Hace una Juana vital y llena de ternura, y uno no puede menos que preguntarse el grado de bondad que habría tenido su actuación con una voz de un registro más amplio y una expresión corporal más variada. Pero entre todos los intérpretes, quien destaca más nitidamente es Enrique Heine. Su desempeño es excelente, y en la ya anotada escena con Juana logra una actuación farsesca de una calidad sobresaliente. Anibal Reyna y Jaime Celedón le siguen en calidad. La interpretación de ambos es justa y cabal. Hipólito Villegas, Julio Retamal y Mario Rodríguez son otros actores que destacan.

La escenografía de Oliver Rabaud es funcional y obtiene momentos de gran calidad plástica, especialmente en la escena final. SERGIO VODANOVIC.